



Capítulo 338: Un pequeño juego con bestias

Sabrina se sentó rígida en la lujosa silla, con sus agudos ojos de tigre fijos en la cama, donde las tres mujeres yacían en completo desorden.

Sus cuerpos estaban completamente agotados, con ambos orificios derramando espesa semilla que se acumulaba debajo de ellas sobre las sábanas de seda arruinadas.

Las nueve colas de Akane estaban extendidas sin fuerza, los pechos con puntas de jade de Sylvea subían y bajaban con jadeos laboriosos, y el pequeño cuerpo de Xiang temblaba con réplicas.

Tianlong se acercó a la mesita, con movimientos casuales, y colocó una lata metálica helada sobre la superficie pulida.

El vapor se condensaba en su superficie roja mientras la abría con un agudo «silbido». Se sentó frente a Sabrina y bebió el líquido burbujeante como si no acabara de follar con tres mujeres hasta dejarlas inconscientes.

Sabrina parpadeó, su compostura se quebró momentáneamente. «¿Qué es esto?».

«Nada», respondió Tianlong con tono tranquilo. «Solo algo de mi mundo».

Al oír eso, ella volvió a parpadear, conteniendo la respiración. Ya se había dado cuenta, no, «sabía», que ellos no eran de este mundo.



Definitivamente no podían serlo. Nunca había visto a un hombre así, nunca había sido testigo del tipo de follada brutal y metódica que él acababa de realizar.

Su mirada se posó en la Coca-Cola que él estaba bebiendo, observando cómo la espuma burbujeaba cuando él inclinaba la botella.

Su mente se inundó de imágenes no deseadas: cómo había chupado los coños de aquellas mujeres con la misma intensidad, la espuma blanca que formaba su polla cada vez que las penetraba, la forma en que sus jugos se mezclaban con su semen en ríos espesos y obscenos.

Le pareció vulgar. Volvió a colocar la mano en el reposabrazos y dijo con firmeza: «Estoy bien», manteniendo la compostura.

Bebiendo con indiferencia, Tianlong la miró con esos ojos de depredador, con pupilas de color carmesí y dorado que parecían ver a través de ella. «Es loable. Después de ver tanto, pensé que a estas alturas ya habrías mojado tu ropa interior».

Al oír eso, Sabrina lo miró directamente, con sus instintos de tigresa encendidos.

Entrecerró los ojos mientras cruzaba los brazos con fuerza sobre el pecho, levantando inadvertidamente los pechos bajo la bata. Su voz era controlada, peligrosa. «Realmente los has agotado a todos, ¿eh? Están inconscientes».

«No», dijo Tianlong, negando con la cabeza. «No están inconscientes por el cansancio. Es más bien... la transmisión de energía. Están en un estado de mejora».



Al oír sus palabras, Sabrina parpadeó y abrió mucho los ojos. Se volvió hacia él bruscamente. —¿Qué?

Su voz temblaba ligeramente, aunque intentaba disimularlo. Ya lo había adivinado: lo «vio» cuando él se estaba follando a Xiang.

Había visto cómo la presencia de la chica se expandía, había sentido cómo sus niveles de poder aumentaban como una marea durante el acto en sí.

Tianlong se rió entre dientes, recostándose en su silla. —Pensé que ya te habrías dado cuenta. —Lanzó el mismo cebo que le había lanzado a Xiang en el reino inferior: una muestra de su propio valor, su moneda de cambio—. Quienquiera que folle se vuelve más fuerte. Sus niveles aumentan. Sus reinos avanzan.

Al oír eso, Sabrina apretó la mandíbula con tanta fuerza que sus colmillos se mostraron ligeramente. Su voz salió baja, casi un gruñido. «No juegues conmigo».

Miró a las tres mujeres tendidas en la cama.

Primero, Akane, la zorra de nueve colas, cuya presencia era tan fuerte como siempre, aunque Sabrina, al ser una cultivadora corporal, no podía percibir ningún cambio claro en el aura de la mujer. Era confuso, inquietante.

Luego, Sylvea: como era una practicante de cultivo orientada al maná, Sabrina no podía decir con certeza si se había vuelto más fuerte. Los usuarios de maná siempre eran difíciles de leer.



Y Xiang, tumbada allí con su diminuto coño aún bien cerrado a pesar de haber sido follada sin piedad, con su raja cerrada como si, por mucho abuso que recibiera, se negara a abrirse.

Tampoco emitía cambios de poder evidentes, pero el instinto de Sabrina le gritaba que algo «definitivamente» había cambiado en ella.

«Pero en cuanto a sus afirmaciones? Entrecerró los ojos, con la sospecha y la confusión luchando en su mente.

Tianlong añadió con indiferencia: «Son más fuertes que yo, por lo que no mostrarían tantos cambios».

Al oír eso, Sabrina parpadeó y se volvió bruscamente hacia él. «¿Qué? ¿Lo son?».



Su boca se crispó mientras miraba a Akane y Sylvea, cuyos cuerpos musculosos y robustos yacían allí como si hubieran sido golpeados hasta quedar completamente inconscientes. Chupetones, marcas rojas y moretones morados salpicaban sus muslos, cuellos y pechos. Todo estaba arruinado, completamente destrozado.

«¿Cómo podía ser «más débil» que ellas?

Pero eso lo hacía aún más ridículo. La voz de Sabrina sonó aguda, incrédula. «Entonces, ¿por qué demonios te permiten siquiera tocarlas?».

La expresión de Tianlong se suavizó ligeramente, su voz era sincera. «Porque me aman».



Al oír eso, la boca de Sabrina se crispó de nuevo, su rostro se retorció con incredulidad.

«¿Amor? ¿Eres estúpido?». Se inclinó hacia delante, clavando las uñas en el reposabrazos. «Si lo que dices es cierto, y no estoy diciendo que lo crea, pero si puedes aumentar el nivel de una mujer de forma natural con solo follar con ella, ella querría acostarse contigo independientemente del amor. El poder lo es todo».

Tianlong se encogió de hombros, imperturbable. «¿Quieres decir que cualquier mujer haría eso?».

Sabrina asintió secamente. «Por supuesto. ¿Quién no quiere poder?».

Los labios de Tianlong se curvaron en una sonrisa burlona. Se inclinó ligeramente hacia delante, clavando la mirada en ella mientras le guiñaba un ojo. «Entonces... ¿eso significa que tú quieres acostarte conmigo?».

Al oír sus palabras, Sabrina se sonrojó por un instante, pero enseguida recuperó la compostura. Su voz sonó gélida. «Conoce tus límites, hombre».

Él se limitó a reírse, con una risa rica y divertida. Luego se puso de pie y estiró los brazos con indiferencia. «¿Deberíamos salir los dos? ¿Ver de qué va tu Clan del Tigre?».

Sabrina miró a las tres mujeres, que seguían jadeando y goteando sobre la cama. Asintió con la cabeza, alborotándose el pelo como la tigresa que era. «En lugar de ver a esas mujeres en ese estado degradado, prefiero ver algo más sensato».



Se dirigió hacia la puerta y, en cuanto dio un paso adelante, todo el palacio del placer desapareció. La realidad cambió sin fisuras y, de repente, se encontraron fuera del campo de entrenamiento.

Al llegar allí, Sabrina se detuvo en seco. Abrió mucho los ojos y se volvió bruscamente hacia Tianlong.

«¡Cabrón! ¡Al menos ponte algo de ropa!».

Pero ya era demasiado tarde.

Dos voces agudas resonaron en el campo de entrenamiento, cada una de ellas rebosante de fría autoridad y una indignación apenas disimulada.

«¿Qué clase de insulto es este?».

«¡En efecto! ¿Así es como se comporta la joven del clan Raphael Tiger cuando trata a un enviado que ha llegado del clan principal con un informe como este?».

A Sabrina se le encogió el corazón. Levantó la vista y allí, de pie al borde del campo, había dos hombres.

Sus ropas eran fácilmente reconocibles, bordadas con los intrincados patrones del clan principal.

Sus ojos se agrandaron al ver su atuendo formal, del tipo que llevaban específicamente los ancianos o sus delegados directos.



Pero lo que más le llamó la atención fue su físico, normal en el mejor de los casos, con rasgos suaves. Uno tenía el pelo ralo peinado hacia atrás, el otro una mandíbula débil oculta bajo una autoridad forzada.

Eran del tipo que había conseguido su posición por su linaje, no por sus méritos. Hombres que nunca habían sido seleccionados como consortes de placer, que resentían por completo esos roles, considerándolos por debajo de su «dignidad».

Y ahora, ante ellos se encontraba Tianlong.

Desnudo.

Su cuerpo era una perfección esculpida: hombros anchos que se estrechaban hasta una cintura delgada, cada músculo definido como si hubiera sido tallado en piedra. Su largo cabello negro caía más allá de sus hombros, enmarcando una mandíbula afilada y esos ojos de depredador.



Su sola presencia dominaba el espacio, y colgando entre sus piernas estaba esa polla de veintitrés centímetros, aún ligeramente brillante.

Los rostros de los dos delegados se retorcieron, la sorpresa se convirtió en algo más desagradable.

Sus ojos parpadeaban entre el rostro de Tianlong y su pene, su propia insuficiencia quedaba al descubierto en esa comparación.

Y Tianlong, que ya estaba balanceando todo, echó más leña al fuego.

«Pfft».